

MAGA

IV JORNADAS DE INVESTIGACIÓN TEATRAL

“EL TEATRO COMO INSTRUMENTO DE DESARROLLO SOCIAL”

Eje: Arte en contextos de encierro.

Ponencias, viernes 6 de junio de 2014.

Título: **“Mi humo al Sol”.**

*Relato de experiencia de la recepción de la obra
en la Cárcel de Mujeres El Borbollón”.*

Autor: Laura Rodríguez.

Universidad Nacional de Cuyo
Facultad de Artes y Diseño
Centro Universitario Mendoza CP. 5500
54 261 4494172
academica@fad.uncu.edu.ar

“Mi humo al sol”

*Relato de experiencia de la recepción de la obra en la
Unidad N° III – Cárcel De Mujeres – El Borbollón*

Por: Laura Rodríguez

El miércoles 28 de mayo de 2014 tuve el privilegio de acompañar al elenco de la obra “Mi humo al sol” a realizar una función en la Unidad n° III del sistema penitenciario provincial. Esta cárcel aloja a mujeres.

La función fue gestionada por el equipo del CENS que funciona en dicha institución, que al ver la obra en su sala convencional, se animaron a representarla en el encierro.

¿Qué paso ese día? Un breve relato desde la óptica de esta observadora.

Llegamos, nos esperaban en la puerta del complejo para poder ingresar sin problemas Patricia Farina y Daniela Méndez, de la DGE. Listas, comprobación de identidades, requisita. Puertas, candados, saludar, esperar. Ritos de la cultura carcelaria que hay que aprender a respetar con paciencia.

Ingresamos al SUM, lugar elegido como espacio escénico. Luminoso y frío. Puertas y ventanas abiertas, que dan al patio. Circulación de gente: internas, sus hijos que estaban de visita, personal de educación, profesores, preceptores. Viviendo la rutina de un día como cualquier otro.

En una esquina del salón, un grupo de mujeres toma mate y fuma, y están sus hijos. Se las invita a participar de la actividad, pero no deponen su sitio: una conquista el lugar, un espacio ganado. Después, durante la función, alguna de estas mujeres se mueve, se acerca y mira. Participa en la recepción.

En el SUM, murales pintados por los talleres artísticos que se realizan allí. Lo demás, la estructura edilicia, precaria, vieja, sufriendo el abandono.

Comenzamos a organizar lo necesario para la función: una mesa y unas sillas, las que hubieran para la escenografía. El sonido. Otras para que los espectadores pudieran ubicarse.

Las actrices y el director, con la obra adaptada a la situación, preparándose para dar una función en un espacio nada convencional. Un poco hostil.

En el SUM ya hay mujeres, unas 15. Bajan a la función otras, o específicamente, tal vez no bajaron a la función. El penal aloja, superpoblado a 90 mujeres, cuando tiene capacidad para 80.

Hay cierta tranquilidad, propia de la cotidianeidad. Se respira, sin embargo, una incomodidad, las miradas de lo extraño.

Se ubican algunas personas en las sillas dispuestas para el público, otras observan desde lejos, van, vienen, después se suman, otras cuando la función ya comenzó.

Manuel García, el director, invita a todos a ser parte del juego del teatro. Invita a creer en la convención. Cuenta un poco de qué va la obra, logra cierta empatía con el público. Anima unos aplausos para paliar el frío e invita a imaginar, para que la función comience.

Elena y Miranda actúan, usan su voz al máximo de su potencia, su actuación es impecable y emotiva. Por momentos, se hace ese silencio denso que exigen ciertas obras de teatro. En este lugar, con la carga de identificación, esos instantes son realmente intensos.

Algunas situaciones causan risa, otra vez la identificación. La risa ante eso conocido, que aparece develado por la ficción, haciendo posible lo real. Habilitando esa realidad en el mundo ficcional que permite ver y verse.

Por algunos rostros caen lágrimas.

El encuentro entre la madre y la hija, el abrazo, el peinado.

Algunas ven y no quieren ver, otras ven sin mirar. Otras miran y escuchan.

Manuel dice “FINAL”, anunciando el fin del mundo ficcional que nos mantuvo presos por algún tiempo. Aplausos. Manuel pregunta si la obra les gustó, si el argumento puede ocurrir en la vida real. Todas dicen que sí. Pocos comentarios, pero la mirada fija en esas actrices y el director que trajeron el artificio. Despedida.

Mientras se desarma la escena, algunas mujeres se acercan a las actrices, unas para saludar, otras para decir lo que no se animaron a decir delante de todos. Aparecen los relatos de casos, las experiencias de vida, las emociones y sensaciones transmitidas. Se pide más, traerla de nuevo. Hacerla en un aula. Dos o tres mujeres se sintieron muy identificadas.

Mirar, escuchar, decir. ¿Qué necesidades? ¿Qué es lo que se mantiene encerrado al encerrar a una persona? ¿Qué cambia el castigo?

¿Por qué esta obra debe ser vista en el penal de mujeres? ¿Existe un por qué? ¿Es una animación a la reflexión? ¿Ayudará a purgar las pasiones de las internas? ¿Se identificarán con Sonia? Con su relato de la vida en la cárcel, con sus motivos, con su regreso.

Tal vez no sea necesaria ninguna respuesta, ante tanta realidad allí. O por el contrario, sea el lugar donde haya que dar todas las respuestas. Mirar/mirarse para encontrar una salida, otra salida.

Como sea, cualquier respuesta, la única que se me ocurre es ser parte. Es decir, ser parte de algo, de todo, de lo más ínfimo: una representación teatral, realizada en el último margen de la sociedad invitando a participar. Eso es inclusión. Acercar lo que no tuvieron, esos objetos simbólicos a los que no pudieron acceder. El “tratamiento” adecuado no se realiza en las mismas o peores condiciones, allí no hay nada que aprender.

Saludos, puertas, candados, documentación, de vuelta a la ciudad.

Muchas gracias!